

de la Paja, de Barcelona, y allí me desplazé para confirmarlo; era totalmente incierto salvo que me engañaran. Yo pienso que del maremágnun de aquel éxodo sólo se habrán beneficiado los eternos rateros de objetos vendibles, especialmente los senegaleses que vigilaban la frontera francesa; y que los papeles en cuestión habrán desaparecido en los barrizales de aquellos días de lluvia o quemados como inútiles basuras, mientras que las prendas de vestir, por usadas que hubieran sido, se habrían vendido por cuatro perras o intercambiado entre los miles de necesitados. En algún sitio leí hace muchos años que la policía había tenido que hacer grandes piras con los papeles, periódicos y restos de cuantas cosas habían quedado abandonadas y eran inútiles. ¿Cabe en alguna cabeza no obsesionada, que alguien pueda guardar en silencio durante cincuenta y un años los papeles escritos procedentes de una maleta abandonada, o perdida o robada en una huida masiva y desordenada entre chaparrones? Con estas frases y estas dudas no me refiero por ningún concepto a otros documentos recientemente hallados y que parece van a ser motivo de publicación conjunta.

Y sigamos con la reunión. Tras de mi presentación fueron interviniendo los asistentes, sin orden concreto y respondiendo a preguntas previamente concertadas. Los resúmenes que expongo a continuación provienen de mis propias anotaciones personales en tarjetas aisladas hechas durante la sesión y de las explicaciones que posteriormente me dieron algunos asistentes cuando, terminada la sesión, fuimos a tomar unas copas. No fueron cotejadas con las cintas magnetofónicas por causas que después explicaré; es posible, por tanto, que involuntariamente pueda haber omitido partes de las respuestas o incluso haber confundido el sentido de lo que dijeron. Espero que todos me perdonen esos posibles deslices en atención a mi necesidad de extractar lo que iban diciendo.

Carpintero, Cobos, Quintanilla y Ángel Lázaro relataron incidencias de la existencia terrenal de don Antonio. El primero contó detalles de sus excursiones por la provincia de Soria, con un Machado que era fanático anticlerical y entraba a ver las iglesias, pero no saludaba a los curas. Cobos se centró en la obsesión por la filosofía y la metafísica, recordando un paseo por no sé donde con don Antonio, en que éste no pronunció una sola palabra; y cuando le preguntó en qué iba pensando, le contestó que en Kant. Unos de ellos refirió que Machado se marchó un día enfadado de un café porque un niño pequeño gritaba en la mesa de al lado y no le dejaba pensar. Insistió Quintanilla en el entusiasmo de Machado por todo lo teutónico, a pesar de que a los filósofos alemanes los manejaba a través de traducciones francesas y españolas, por comparación con el odio que desde la enfermedad de Leonor cogiera por lo francés; y opinó que las palabras de Machado sobre Rusia, escritas durante la guerra civil, debían ser fruto solamente de peticiones concretas y de las pasiones políticas del entorno circunstancial pues «nada de lo bolchevique rezaba con su íntima y social y familiar manera de ser»; pensaba que Machado no podía haber cambiado tan llamativamente de ideas. Los tres comentaron el inclinamiento mujeriego de Machado y Ángel Lázaro se descolgó refiriendo haber coincidido con él en el portal de una casa de prostitución que había en la casa número 11 de la calle de las Hileras, de donde salía a escondidas, con mucho disimulo y la solapa del abrigo en alto, para ir al café que había en la esquina de la calle Arrenal con la Plaza de la Ópera, donde le esperaba un hermano. La concubina que, según Lázaro, solía atender a Machado cuando iba

por allí era una jovencita de baja estatura y aspecto infantil conocida como muy resabiada en las variantes de la actividad sexual. Los cuatro amigos coincidieron en interpretaciones variadas y freudianas de esa vertiente secreta del poeta, un tanto inmadura o heterodoxa. Recordaron aquello de «Aunque a veces sabe Onán mucho que ignora don Juan», que chocaba con los amores excelsos hacia la infantil y virginal Leonor y hacia la inasequible Guiomar. La cuestión que se debatía la corté yo bruscamente, cambiando el tema por otro menos escabroso y resbaladizo, puesto que algunos murmullos y risitas llevaban camino de estropear mis proyectos de evitar incidentes.

Dionisio Ridruejo explicó después las tergiversaciones a que fue sometido por la censura un prólogo suyo a las obras de Antonio Machado y declaró su devoción máxima al escéptico «maestro de todos y en todo», que había sido profesor suyo en Soria y al que adoraba. Aranguren habló del sentido pedagógico y de la natural y sincera clerofobia que enmarcaba a Machado, de quien decía que era mucho más que un simple profesor de francés, y que todas sus acciones se balanceaban entre la esperanza y la desesperanza. Pedro Laín Entralgo, con una elocuente actitud, se enfrentó con el dictatorial antimachadismo que los mandamases venían imponiendo, y se reafirmó en el criterio por él expuesto en su discurso de entrada en la Real Academia Española (*La memoria y la esperanza*)³ acerca de la menesterosidad con que Machado buscaba a Dios en el corazón. «El corazón de Machado», dijo Laín, «unifica el recuerdo y la esperanza». En el corazón está el «Dios que todos llevamos,/ el Dios que todos hacemos,/ el Dios que todos buscamos/ y que nunca encontraremos». Por mucho que hablara de Kant y de Bergson y de Heidegger... soñó «que era Dios lo que tenía dentro de mi corazón»; todo ello de neta estirpe unamuniana. En la misma tarjeta de notas leo que habló de «divinidad inventada en su corazón menesteroso».

Carmen Castro, esposa de Zubiri, detalló la indiscutible influencia que la Institución Libre de Enseñanza había ejercido sobre Machado, aunque aquí conviene alguna aclaración. La institución se crea en 1876, cuando Antonio Machado tenía sólo un año de edad; pero cuando la familia Machado se trasladó a vivir a Madrid (1893) está la primera casa donde en Madrid vivió, en Claudio Coello esquina a Villanueva— la Institución estaba viviendo entre vaivenes políticos y jurídicos que dan mayores alientos a aquella juventud; Antonio sólo tenía ocho años. Pero en alguna publicación se dice que los dos hermanos mayores asistieron al Instituto Escuela y si bien es cierto que la Institución, ya tenía sus raíces en los institutos de segunda enseñanza de Madrid, el verdadero Instituto-Escuela no se crea hasta 1919 (nueve años después de creada la Residencia de Estudiantes), fecha en la que don Antonio tenía ya 44 años. De lo que no cabe duda alguna es de que la influencia de los institucionistas fue rotunda sobre él.

Tanto Carmen Castro como Carmen Laforet, Mercedes Fórmica y María Pérez Zalabardo admitieron con simpatía la frase machadiana de «la España femenina» y lo de «la solución a escobazos». Esta última hizo novedosas observaciones sobre lo que Soria había significado para Machado, que se salían del vulgar criterio general. Ricardo Gullón, con su profesoral maestría, estudió comparativamente las personalidades de Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado, la amistad que les unía sin deformar a ninguno de los dos,

³ Tiempo, recuerdo y esperanza en la poesía de Antonio Machado, es el título del capítulo 3º. de ese discurso. Creo que dentro de su brevedad es el estudio interpretativo más completo que se ha hecho de la obra de Antonio Machado.

e hizo un señalamiento concreto de fechas para los documentos por mí presentados que carecían de ellas.

Hizo Lafuente Ferrari apreciaciones muy ilustrativas sobre el impacto que la arquitectura que el palacio de las Dueñas tuvo en el quehacer poético del primer Machado y en la modulación de su espíritu juvenil, que después rectificó en el ambiente de la Institución Libre de Enseñanza. El escultor Pablo Serrano se sinceró diciendo que después de haber leído lo más importante de Machado, tal como era preceptivo para poder esculpir su cabeza, obtuvo la interpretación simbólica de una mezcla de corazón y cerebro muy difícil de traducir plásticamente y reconoció que aquella idea le había enervado. José Antonio Maravall estudió a Machado en función de las circunstancias políticas y familiares que rodearon su infancia sacando conclusiones muy atinadas. Sánchez Barbudo acogió complacido la idea de Pablo Serrano pues para él como para Laín, don Antonio, idealista puro, tenía su Dios en el corazón. Julián Marías se ocupó del escepticismo de Machado que era la base fundamental de su filosofía; y demostró que don Antonio desconocía en profundidad a Heidegger. Sostuvo también que Machado daba a su humor un sentido bergsonian.

Para Guillermo Díaz Plaja las etapas de simbolismo y de modernismo de Machado no se derivaban del ambiente histórico que le había tocado vivir, ni de sus lecturas, sino que le salieron autóctonamente de sus adentros, de su modo de sentir el verso, y afirmó que la clave de Machado en cuanto a la meditación del tiempo era la «instantaneidad»; según él, Machado llamaba filosofía a la simple reflexión. Pérez Ferrero recordó las conversaciones con los hermanos expuestas en su libro y manifestó estar convencido de que entre ellos no había diferencias políticas; en la guerra civil, según su criterio, todo lo que Manuel y Antonio hicieron fue adaptarse forzosamente a los medios rígidos en que ambos vivieron, aunque los dos eran republicanos netos. Creía saber que Manuel había tenido algún disgusto en la España franquista y se sentía incómodo y como despegado del ambiente, así como que tanto Antonio como Manuel temían que a su hermano le mataran en la otra zona; después volveré a este tema.

Describió Luis Rosales las diferentes etapas de la obra de Machado siguiendo una estricta preceptiva literaria y puso ejemplos aleccionadores de las riquezas correspondientes a las diversas fases. Sánchez Romeralo recalcó el gusto de don Antonio por todo lo popular y no por lo populachero, así como su desprecio por lo aristocrático, que consideraba tan prostituido como el clero.

Gerardo Diego en su trato personal con Machado había pulsado bien la aversión de éste al academicismo. Señaló que las instituciones culturales oficiales de España le parecían dignas de olvido, sobre todo la universidad y se preguntó si en aquella actitud no habría una miajita de rencor por no haber podido ser catedrático de universidad. Al comentar la tan admitida inquina hacia lo francés, recordó la admiración de Machado por los maestros galos que había tenido y muy especialmente por Bergson, a quien había tenido la fortuna de escuchar en ambiente de idolatría universitaria, justamente pocos días antes de caer Leonor enferma. Según Diego este choque de emociones sentimentalmente opuestas —admiración por Bergson y tristeza por lo sucedido con Leonor— dejó en su espíritu huellas indelebles que hicieron de él un hombre taciturno. Salvo algunos como

Giner, Cossío, Unamuno, Azorín, Marañón, Ortega y pocos más, la intelectualidad española oficial u oficiosa le resultaba ramplona y según el criterio de Diego, el filosofar de Machado era un simple alivio para su espíritu o una evasión de sus propias inquietudes.

A los asistentes sorprendió una referencia que Zubiri hizo, como presente en un examen de filosofía de cuyo tribunal don José Ortega formaba parte; Machado mostró una llamativa confusión en sus saberes filosóficos, pues achacaba a unos las ideas de otros y en todos ellos encontraba explicación para sus preocupaciones personales. Pero, según Zubiri, las llamadas ideas filosóficas de Machado tenían vetas muy interesantes.

Al final, y ya en otro salón, Gerardo Diego, Jesús López Pacheco y Vicente Carrasco, leyeron bellos poemas inéditos.

Cuatro horas y media duró la sesión y las aportaciones fueron recogidas en cintas magnetofónicas pensando en su publicación ulterior. Dieron noticias detalladas en la prensa José L. Cano (*Insula*), M. Pérez Ferrero (*La Vanguardia*), Carmen Laforet (*Arriba*), M. Cerezas (*Nuevo Diario*), J. A. Cabezal (*ABC*) —a quien tuve que rectificar un importante error—, Mercedes Fórmica (*ABC*) y César González Ruano (*Informaciones*); desconozco otras posibles recensiones. Como recuerdo de aquella reunión, María Pérez Zalabardo me obsequió con un bello póster en color con la pareja Antonio y Leonor cogidos del brazo junto al río y un verso de Machado al pie.

III

Como otras personas que no se habían podido desplazar a Torreldones quedaron con ganas de juzgar los documentos (Camilo José Cela, Aurora de Albornoz, Carmen Conde, Luis Felipe Vivanco, Manuel Halcón, Fernando Chueca Goitia, José Tudela, Claudio Rodríguez, M. Álvarez Sierra y algún otro), organicé un segundo cónclave en el aula de la Sociedad de Estudios y Publicaciones (Arapiles, 14) que utilizaba Zubiri para sus cursos, amablemente cedida por J. M. Muñoz Rojas, también poeta; para esta convocatoria sí pedí permiso a la Dirección General de Seguridad en vista de que según me había dicho el Jefe Superior de Policía, la primera reunión había sido denunciada como clandestina, precisamente por una persona que estuviera afectuosamente invitada por mí. La autorización sólo me costó veinticinco pesetas.

Esta sesión fue presidida por Camilo J. Cela y Aurora de Albornoz, que actuó como coordinadora a mi lado. Novedades de esta sesión fueron las insuperables aportaciones de Aurora de Albornoz y de Ricardo Gullón y los comentarios de todos los recién citados, aunque coincidieron, en general, con las anteriormente sostenidas en Torreldones. Un gran amigo de Machado, el doctor Álvarez Sierra relató muchas anécdotas convividas e hizo comentarios sobre algunas de las afirmaciones que se habían hecho en Torreldones. Habló de las relaciones de Machado con Zayas, Benot, Paradas y con la familia del actor teatral Rafael Calvo.

Pocos días después de esta reunión Álvarez Sierra me contó un dato ya conocido pero con otra interpretación extraña. Que en los meses postreros de la vida de Leonor, don Antonio tuvo que comprarle una sillita de ruedas para sacarla a la calle, porque Leonor